

Los conoedores de la realización de la reforma del siglo v atribuían sin reserva toda la eficacia de este gran movimiento a Nehemías. Esta reforma hecha por un gobernador representante de Persia, impresionó profundamente. La lectura de las *Memorias* de Nehemías, publicadas a raíz de su muerte, acrecentó el efecto producido, y al parecer provocó una violenta reacción en la clase levítica, sacerdotal y farisea. Se consideró peligroso que un laico hubiese hecho aquello. Se deseó que un escriba perteneciente a la familia sacerdotal hubiera participado (igualmente por lo menos) en esta gran obra restauradora, y de ahí la invención del papel de Esdras, paralelo al de Nehemías. Las *Memorias* de éste sirvieron de modelo, y se compusieron *Memorias* del escriba Esdras ajustadas al modelo de aquéllas. Luego el autor de las crónicas fundió ambos documentos para hacer creer que Nehemías y Esdras habían actuado totalmente de acuerdo, colaborando en las mismas medidas y presidiendo las mismas ceremonias.

A una parte de la familia de Saraiah, que no fue, como Josué, a Palestina, se la suponía conservadora de las antiguas tradiciones. Reinando Artajerjes Longimano, se supuso que un biznieto o tataranieto de Saraiah, llamado Esdras, decidió establecerse en Jerusalén, llevando consigo una colonia numerosa, con una colecta considerable recogida entre las comunidades judías de Babilonia. ¿Fue esto pura ficción, o se recordaba, realmente, como personaje real, a algún miembro de la familia de Saraiah, que hizo gran papel en el siglo v? Difícil es determinarlo. Lo cierto es que la leyenda de Esdras se fundó sobre datos bastante contradictorios. Según unos, vino a fortalecer, a los cien años de su resurrección, la colonia jerosolimitana renaciente. Según otros, la vuelta de Esdras fue un poema de regreso, como tantos otros. Esdras organizaba la vuelta como si no hubieran existido Sesbasar ni Zorobabel. A él se debían templo, ciudad y muros. Brillaba en tiempo de Artajerjes como reorganizador universal de la nación.

La expedición de Esdras, según dichos relatos, salió de Babilonia el año 458 antes de J.C., y se componía de unos 1.500 individuos varones, entre ellos muchos aarónidas y un miembro lo menos de la raza de David: Hatus, nieto de Sekaniah. Esdras acampó tres días a orillas del canal de Ahava, cerca de Babilonia, y formuló una especie de censo de su comitiva. Todos eran sacerdotes o laicos. Se vio que no había levitas para seguir a los sacerdotes, ni *netinim* (siervos de Salomón) para servir a los levitas. Esdras envió jefes de familia a un tal Iddo, jefe de los *netinim*, que vivía en un lugar llamado Kasifia, para que enviara servidores de la casa de Dios. Unieron entonces a los emigrantes levitas y 220 *netinim*.

Antes de comenzar la marcha la caravana hizo en Ahava un solemne ayuno. Esdras mandó formar un inventario de las vasijas preciosas que llevaba al templo de Jerusalén, y las confió a una comisión de sacerdotes y levitas, para que las entregaran al jefe del templo.

El viaje fue bueno y duró cuatro meses menos once días, desde abril hasta julio. Al llegar, la caravana descansó tres días. Al cuarto, Esdras rindió cuentas, que salieron exactas, y los donativos se entregaron a los

sacerdotes, ayudados por dos levitas. Los recién llegados ofrecieron magníficos holocaustos, y el pobre pueblo tuvo que comer durante varios días.

Es dudoso que sucediera todo lo dicho a propósito del regreso de un sacerdote llamado Esdras, reinando Artajerjes Longimano. Los hechos relacionados con Esdras ocurrían siempre que grupos orientales considerables iban a reforzar la tentativa jerosolimitana, atrevida y defectuosa a la vez. En la época designada a Esdras, hacía setenta años que las dos fracciones israelitas estaban separadas. Los que llegaban de Caldea eran ricos, más intruidos, más exactos en religión que los de Judea. Tuvieron que existir pues tiranteces, pero en la historia de Israel, el partido más ortodoxo es el que siempre vence. Los recién llegados se constituyeron pronto en censores severos de la población antigua, que les parecía indiferente y floja, y lo que más les irritaba era el poco esmero con que evitaban los de Jerusalén los matrimonios con mujeres de los pueblos cercanos. Esdras, inseparable en esto de Nehemías, empleó, según dicen, para combatir abusos que consideraba enormes, un procedimiento que se ajustaba a las costumbres de la época: el de hacer creer que obraba en nombre de la autoridad persa. Según el relato canónico, se presentó en Jerusalén como propietario de una carta de Artajerjes que, además de poderes exorbitantes, le daba el derecho de nombrar magistrados para administrar justicia según la ley, y enseñar ésta a quienes no la supieran, teniendo autoridad para mandarla observar por suplicios, «muerte, destierro, multas y cárcel.»

Artajerjes no había escrito semejante carta. Ni siquiera creemos que Esdras alegara tal documento. Eso debe de ser invención del autor de su biografía. Puede ser verdad que, como venido de Oriente, amenazara de algún modo, suponiendo que era familiar del rey y de sus oficiales, a quienes seguramente nunca se acercó. Los judíos son muy aficionados a presentarse siempre como poseyendo una misión oficial del gobierno. La Iglesia católica, y en general todas las sectas que se dan aires de despreciar la fuerza, caen en el mismo defecto. El hombre de paz tiene tendencia a guarecerse bajo el hombre de guerra. Se busca la fuerza, o sea la potencia activa, allí donde está. Por esto los judíos han perseguido valiéndose de la fuerza aqueménida y de la fuerza romana. Nada más duro que el sacerdote cuando dispone del brazo secular. Nada más insolente que el judío cuando puede mover a sus órdenes un funcionario o un regimiento, aunque éstos sean infieles que no creen en su Dios. Los fanáticos son siempre serviles con el poder, para decidirle a que ataque a los que son el objeto más inmediato de su odio. Ya hemos hablado de la debilidad de espíritu que suponen tales razonamientos. Jehová busca para sus fieles buenas protecciones, en vez de protegerlos él mismo. Mediante el favor del rey de Persia logra que le reconstruyan su templo. Esta manera de actuar es mezquina en el Todopoderoso. Pero en el desarrollo del espíritu judío no hay que buscar ningún elemento racional.

Apoyado por la autoridad persa, o no, Esdras, según el texto de la leyenda, desplegó en su obra de reforma la brutalidad de un sacerdote fanático. Secundado por un tal Sekaniah organizó una auténtica liga contra los casamientos mixtos. No sólo se comprometieron los coaligados a

no llevar a cabo tales bodas en lo venidero, sino que además juraron expulsar a las pobres mujeres, con quienes se habían casado legítimamente, y a sus hijos. A todos los notables, y especialmente a los miembros de la aristocracia sacerdotal, alcanzaban los anatemas de los exaltados. Unos se resistieron; otros apelaron a evasivas; otros expulsaron a las mujeres y no a los hijos. La mayor parte cometió el acto monstruoso aconsejado por el escriba. Particularmente, casi todos los miembros de la familia del sumo sacerdote se sometieron y ofrecieron un sacrificio expiatorio. Se había creado en Israel el fanatismo más peligroso: el ejercido, no por el Estado, sino por beatos que pretenden obrar en connivencia con el Estado.

A pesar de esto, la masa del pueblo cedió con dificultad. Se necesitaron tres meses para acabar este debate. Una especie de gran *meeting* de todo Judá, fue bastante tumultoso. Se puso como excusa la lluvia que caía para separarse y confiar la solución a un jurado. Luego, como siempre, venció el partido más fanático.